



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Sarah Bernhardt, Caricatura de NAVARRETE



Artista de gran renombre,
deja al público en suspenso
con su genio, más inmenso
que el Desierto de su nombre.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuba-Transwaal, por Sinesio Delgado.—Teatro Moderno, por José de Laserna.—Cuento, por Pablo Martínez Torres.—Un drama nuevo, por Alberto Casañal Shakery.—Palique, por Clarín.—Al lucero del alba, por Juan Pérez Zúñiga.—Carta abierta, por E. Navarro Gonzalvo.—¡Hay que quererle!, por Luis Gabaldón.—Rasguños, por Nicolás de Leyva.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Sarah Bernhardt, caricatura de Navarrete.—Política callejera, por Cilla.—En Recoletos, por Tovar.—Cante hondo, por Medina Vera.—En el Suizo, por Sancha.—Los intelectuales, por Leal da Camara.



DE TODO UN POCO

¡Jesús, qué monotonía!

Hace más de dos meses que estamos oyendo hablar de Barcelona, de Robert, de los *Segadors*, del Fomento, de los morosos, de bandos, conciertos catalanistas, Gironas, sablazos y otra porción de zarandajas.

Cualquiera diría, que no tenemos más preocupación que esta en el mundo y que la vida del hombre se reduce, hoy por

hoy, a pensar si pagan ó no pagan los catalanes, si ha hablado Maura; si ha cantado Rusiñol y si cierran ó no cierran las tiendas los barceloneses.

Lo que parece imposible, es que semejante estado de cosas nos lo haya traído D. Raimundo con sus planes ó *flanes* económicos. ¿Pero no tenemos otros asuntos en España que merezcan ocupar la atención pública? ¿Vamos á vivir condenados á Villaverde por la mañana y Villaverde por la noche?

El que más y el que menos, tiene familia y obligaciones sagradas, y casero y dolor de cabeza y apuros pecuniarios y mamá política; pero, por lo visto, nada de esto debe quitarnos el sueño y en cambio hay que dedicar atención preferente á la cuestión de los tributos para que cobre su sueldo con toda tranquilidad D. Hermógenes, el jefe *crónico* de negociado en la dirección de Contribuciones, y pueda abonarse á sus dos butaquitas del Real, en paz y en gracia de Dios.

Yo no digo que los morosos tengan razón negándose al pago. ¿Qué han de tener?

El día en que todos nos opusiéramos á satisfacer la parte alicuota de contribución que nos corresponde, no habría país posible.

Yo mismo, en medio de mi insignificancia, estoy dispuesto á pagar lo que sea; y eso que me da mucha rabia cada vez que pienso que mis tristes pesetas, ganadas con el incesante rasguear de la pluma, van á servir para ayudar al pago de los haberes que perciben mensualmente D. Cándido Martínez, Catalina, Fabié y otros muchos hombres políticos que vienen figurando en la nómina, desde los comienzos de la Era Cristiana.

En medio de todo, debe ser una satisfacción muy grande para Villaverde, pensar que por él están ocurriendo en el país tantas cosas extraordinarias y fuera de abono.

¿Quién había de decirle que llegaría una época en que su nombre anduviese de boca en boca, como el de Sarah Bernhardt.

Se ha hablado más estos días de D. Raimundo, que del *Tenorio* y aun que del mismo Biel; y cuidado si se han dicho cosas de este tenor incommensurable, desde que pisó la escena del teatro del Buen Retiro.

Aún hoy, que está ya próximo á salir para Italia, se cita su nombre á cada paso y las prensas no cesan de gemir diariamente, diciendo que ha cantado en tal parte ó que va á cantar en tal otra; que pensaba cantar aquí; que ya no canta aquí, sino allá; que es íntimo de la Pilarica y que va á formar ministerio con Uetam, la Colombini y el maestro Almiñana.

En suma: que Biel y Villaverde, y viceversa, son hoy las dos personas más populares de este país, á pesar de la diferencia que existe entre ambos, pues mientras aquél nos hace ver el Paraíso cuando canta, éste nos hace ver las estrellas cuando legisla.

Hay otro asunto que también ocupa la atención de muchísima gente, y es lo de la guerra del Transwaal.

Desde que comenzaron los tiros, nos ha entrado tal amor por los boers, que ni aun nos fijamos en que está ahí el príncipe Alberico de Alemania.

La prensa anunció la visita del augusto viajero y nadie ha demostrado deseos de conocerle, á pesar de haber dicho algún periódico que es guapísimo.

Los boers, los boers son los que nos enloquecen en el actual momento histórico.

¡Qué valientes, qué generosos, qué arrogantes figuras!

En las reuniones que celebra todos los jueves la viuda de Olite, se habla de la guerra del Transwaal con verdadero entusiasmo; y decía la viuda noches pasadas:

—Yo no sé qué daría por recibir en mi casa á un boer de esos.

¡Qué simpáticos me son!

Y entonces, D. Doroteo, uno de los contertulios de la viuda, que se las echa de haber viajado más que Weyler y de conocer las cinco partes del mundo, comenzó á decir que él había tratado á muchos boers y que eran personas muy agradables y muy limpias.

—En Stockolmo—decía D. Doroteo—he estado viviendo con un boer cerca de un año, en una casa de huéspedes y todas las tardes jugábamos al tresillo.

—¿Los boers visten bien?—preguntaba un joven elegante que toca el flautín.

—¿No los ha visto usted en los grabados de los periódicos? Todos usan chaquetilla corta, sombrero de alas anchas, como los de los ingenieros cuando salen al campo, pañoleta de seda al cuello y botas de montar. ¡Con decirle á usted que yo era el encargado de quitarle las botas todas las noches á mi compañero de pupilaje!... Nos queríamos como hermanos.

—¿El Transwaal, hacia donde cae?—preguntaba un alto funcionario de Gobernación, que dicen si tiene ó no tiene que ver con la viuda.

—¡Hombre! Eso no se pregunta. El Transwaal está en el Africa. Sale usted de Tánger, tira usted hacia la derecha y á los cuatro días de camino, está usted en Pretoria.

Hablando de los boers, me decía ayer un joven sablista que debe hasta el agua del bautismo.

—¿Sabe usted por qué me son tan simpáticos los boers? Porque están acabando con los ingleses; pero va usted á ver como no acaban con mi patrona.

LUIS TABOADA

Cuba-Transwaal.

Aislados nos dejaron las naciones autorizando el cínico despojo; nuestro estandarte, de vergüenza rojo, tornó deshecho, sucio, hecho girones.

El triunfo ha envanecido á los ladrones, el poder hace inútil el arrojo y los piratas roban á su antojo buscando la razón en los cañones.

¡Ay de la humanidad, si la justicia rinde su vara ante el sangriento ultraje para que el sable bárbaro la tuerza!

Reina será sin freno la codicia, y el mundo entero acabará en salvaje bajo el brutal dominio de la fuerza.

SINESIO DELGADO

Política callejera, por CILLA



—La ocultación de la riqueza es la que trae la ruina de nuestro país, ¿estás tú? y por eso, como patriota y como amigo, te ruego que no seas de los que cometen semejante infamia.

—¡Descuida!



—Ahora, según los periódicos, parece que el comercio tiene la idea de dar conciertos económicos. ¡Si consiguiéramos que nos contratasen para tocar en ellos!
—¡Ay, ojalá!

Teatro Moderno.

¡Por fin!
La tan anhelada fórmula del TEATRO MODERNO está ya *acá*—como diría Lagartijo.

Ya nos hemos metido en el bolsillo la belleza ideal de tablas arriba y de bambalinas abajo.

¡Hosanna, modernistas!

¡Alleluia, espíritus nouveaux!

¡Arza, estetas!

La gloria del descubrimiento corresponde, como todo lo que significa civilización y progreso en estos tiempos, á la gran república de Yankilandia.

Los Estados Unidos son los que han topado con la susodicha fórmula.

Y ¿cómo no?

Del *New-Pork Herald*, traduzco literalmente todas las noticias referentes á tan importante asunto.

En Kaloem—ciudad norte-americana que resulta por cierto anagrama de *camelo* y que se halla situada en el estado de Infundiópolis—acaba de inaugurarse con feliz suceso el TEATRO MODERNO, guía, espejo, cifra y compendio de todos los teatros del mundo en lo sucesivo.

Aquí ya andábamos tras de lo mismo, pero los kaloemeses nos han ganado el saque y por consecuencia la delantera.

Las camisas de once varas titúlase la obra inaugural, dispuesta expresamente para tan solemne ocasión y en la que han colaborado diversos ingenios del país.

La obra no tiene, desde luego, argumento, ni acción, ni caracteres, ni nada de esas antiguallas mandadas recoger y ya por fortuna recogidas.

Las camisas éstas son como aquella de la copla:

*Por la calle van vendiendo
una camisa sin faldas,
y sin cuello; sin pechera
y sin puños y sin mangas.*

¡La camisa del hombre feliz y del autor modernista, que no tienen camisa!

Pero ¡qué supremo ideal del arte dramático!

El TEATRO MODERNO de Kaloem lo ha realizado con *Las camisas de once varas*.

Vean de como.

Empezó el poeta por hacer las camisas y el camisero por escribir la obra. Este medía los versos con la vara y aquél cortaba los patrones con la lira.

¡Qué de parlamentos *parados* y de *punta virada* le resultaron al camisero!

¡Qué de camisas en octavillas y en ovillejos dió á luz el poeta!

A creer al crítico de *The New-Pork Herald* desde la noche del estreno todo el mundo se encarga la ropa interior en casa del poeta y al camisero le han elegido individuo de número de la Academia de la lengua.

La dirección artística «ha corrido á cargo» del empresario del teatro, y el director artístico de la compañía ha desplegado su celo, inteligencia y lealtad al frente del despacho de billetes y de la contaduría, acertadamente secundado por los demás actores y actrices.

Él, el director y primer actor, no vendía más que palcos de preferencia, con arreglo á su categoría.

La primera dama, butacas.

El barba, anfiteatro principal.

El gracioso, las localidades altas.

Y luego todos los demás de la *troupe*, por orden alfabético, para evitar rozamientos.

¡Qué hermosa ejecución de conjunto obtuvo la venta!

Dicen que había que oír cómo exclamaba la dama:

—¿Quiere usted una de callejón, ó de esquina del centro, gentil mancebo?

El galán:

—Señora, ya ¡oh cielos! no me quedan palcos.

El barba severamente:

—Quinta fila, junto á la pared, dos asientos, 19 y 21, impares, á la izquierda, tres dollars veinticinco centavos.

El gracioso interpretando el paraíso:

—Este *perro* es falso, tío Sam.

Entre tanto *la empresa* ensayaba la obra á los acomodadores.

—Esta salida por aquí.

—Repita usted las décimas que no me suenan así bien.

—Más rápido el *mutis*.

El contador dirigió la orquesta.

El maestro de música pintó las decoraciones.

El pintor trabajó de segundo apunte.

El taquillero se puso al frente de la tramoya.

El maquinista apuntó desde la concha.

Los bomberos de guardia reclutaron la *claque* y avivaron el fuego del entusiasmo con sus calurosos aplausos y sus aclamaciones fervientes.

Todos se metieron en *Las camisas de once varas* con voluntad y coadyuvaron con esfuerzo al gran triunfo del TEATRO MODERNO.

Así lo cuenta el *Herald*.

¿No será todo ello una inocente fantasía del *humour* yankee?

—Probablemente.

Lo hacen sospechar estas líneas con que el crítico termina su relato:

«Esta vez se rompieron definitivamente los antiguos moldes, pero con tal estrépito y violencia, que un caballero desconocido que pasaba, fué herido gravemente.

Llevado á la casa de socorro más próxima, y reconocido con detenimiento, pudo identificarse su personalidad.

Era el *Sentido Común*. A la hora que publicamos esta edición, todavía no había vuelto en sí.»

Por la traducción,

JOSÉ DE LASERNA

Cuento.

Nació Pedro en Barcelona, educóse protestante

y se casó con Ramona,

una muchacha muy mona,

católica militante.

Se marcharon á viajar

cosa que ya es muy vulgar

entre los recién casados,

yéndose á Toro á gozar

de su dicha, enamorados.

Como es esta la ocasión,

quizás única en la vida,

que el hombre con sumisión

da á su esposa la razón

la tenga ó no merecida,

Pedro ofreció á su mujer,

accediendo á su demanda,

nunca más volver á ser

protestante, y si creer

en lo que la Iglesia manda.

Y su palabra cumplió,

pues allí se confesó;

y hoy dice muy resignado,

que en Toro se convirtió

apenas se hubo casado.

PABLO MARTÍNEZ TORRES

En Recoletos, por TOVAR



—Lo que le digo, Atanasia, es que aún hay personillas que se sienten aguadores.



¡Ay, mare del arma,
las fatigas que pasa mi cuerpo
por esta serrana!

Un drama nuevo.

Sinforoso Calderón, hombre discreto y simpático, sintióse en cierta ocasión con bríos de autor dramático, y ansioso de cobrar fama y de darse á conocer, hizo, el infeliz, un drama titulado *La mujer*.
Con el drama concluido salió de su casa un día; fué el drama, á escape, admitido por no sé qué compañía y pronto empezó á correr el insistente rumor de que el drama *La mujer* era un drama superior.
Ya se creía dichoso cuando una tarde, su esposa fué y le dijo:—Sinforoso, voy á pedirte una cosa, y es, que mi primo Ferrer, que se dedica al teatro y se encuentra sin quehacer hace tres meses ó cuatro, quiero que, en seguida, cuente con contrata y, Dios mediante, que en tu drama represente el papel más importante.
—¡Pero eso no puede ser! ¡Ferrer es un mal actor!...
—Pues aunque lo eche á perder quiero hacerle ese favor.
Nada pudo conseguir Calderón de su señora y después de discutir por espacio de una hora, fué vencido Sinforoso y á Ferrer, un mal artista, tuvo que darle el precioso papel de protagonista.

Sin ningún otro incidente se anunció, al fin, el estreno, y á él acudió tanta gente que estuvo el teatro lleno.
Dió principio la función y todo fué en *La mujer* ovación tras ovación...
¡Hasta que salió Ferrer!
Este actor no satisfizo al público en general.
¡La verdad es, que lo hizo rematadamente mal!
En cuanto hablaba Ferrer, se armaba un lío espantoso.
Resumen: que *La mujer* se fué aquella noche al foso; que el infeliz Calderón tragó bastante veneno, y que así hizo *La Nación* la crítica del estreno:
«Aunque no fué del agrado de muchos espectadores, el drama anoche estrenado tiene escenas superiores.
Calderón es hombre ducho y en nuestra humilde opinión hubiera gustado mucho el drama de Calderón si no se hubiera encargado don Celedonio Ferrer de un papel tan delicado como el que hizo en *La mujer*.
Ferrer será un buen artista si se dedica á estudiar, pero ha saltado á la vista y es forzoso confesar que el actor señor Ferrer, con la mejor intención, ¡anoche le echó á perder *La mujer* á Calderón!»

ALBERTO CASAÑAL SHAKERLY

Palique.

Bien decía Núñez de Arce:

¡Si á veces imagino que envenena
la leche maternall!

Sabido es que el poeta se refería á la duda, al análisis... al pícaro ó á la pícara análisis. Porque tal es hoy de todo se duda, todo se analiza, y dice bien; y, sin embargo, la gente está por el masculino.

Pero... noto que me pierdo en un mar... analítico.

Lo que yo quería decir es que hoy de todo se duda, todo se analiza, menos los géneros de ciertos comerciantes, que tienen el tío alcalde y se burlan de los laboratorios municipales.

Todo se analiza... hasta ¡El Tenorio!

Y hay quien lo analiza muy mal.

Yo recuerdo que varias veces he visto á literatos... *libertarios* reirse de Zorrilla, porque dice:

Vosotros á quien maté

y lo otro de:

Mármol en *quien* doña Inés

todo lo cual está perfectamente, pese á los ignaros Zoilos de carrera abreviada.

Ahora el análisis de *Don Juan* va por otro lado.

Esta es la cuestión:

«El *Tenorio* ¿se come con cuchara ó con tenedor?»

Y, con este motivo, han metido la cucharada varios eruditos arqueólogos, ilustres lumbreras del Rastro de la Sabiduría; y ha habido *martenedores* del tenedor y otros que lo han juzgado anacronismo.

Lo que yo puedo decir, que la mayor parte de los *Tenorios* del día son unos *cucharas*. Hablo de los cómicos; no de los *Tenorios* de la *vida real*, que esos suelen ser *tenedores*... de libros; porque sabido es que hoy Mercurio lo es todo, Palas, Atenea y Eros. Hoy no hay más tribuna pública ni más *sofá* de doña Inés que el mostrador. El plectro es el metro.

Y el metro es el cetro. Agamemnon hoy no le daría á Tersites con el cetro en la cabeza, sino con la vara de medir.

No faltarán soñadoras poco ilustradas y señoritas no *feministas*, es decir, incultas, pero sentimentales, que piensen con horror en un

Tenorio que pudiera tener las yemas de los dedos untadas de grasa... Y es que no saben que la humanidad empieza ahora á ser *persona decente*, en el sentido *burgués* de la palabra.

Taine lo ha dicho: «La Edad media vivió sobre un estercolero...»

En los vestidos de brocado de ilustres princesas del Renacimiento, se conserva hoy todavía el *sebo* que se dignaban sudar aquellas nin-fas que inspiraban á Rubens y al Arivito.

El siglo XIX no sólo es el siglo de las luces, sino el siglo del agua; de la limpieza.

Ahora todo se lava; casi; digo casi, porque todavía quedan las manos puercas.

Figúrense ustedes si serían los antiguos refractarios al agua, que hasta se declaró herejes, ó cosa así, á los *rebaptizantes*, á los que se bautizaban dos veces, como si dijéramos.

Pero cómo se come con cuchara ó con tenedor el *Tenorio*, lo que yo no puedo ver con buenos ojos es que los empresarios de un teatro canten dúos en forma de comunicado, para ponerse á discutir con la crítica de cartel.

Claro; como ahora los ultramarinos y géneros del reino son los que deciden cómo hemos de gobernar, y Fúcar es Turgot, el caballo blanco se declara Figaro.

Los empresarios de la *Comedia* han salido, dos para tres, como en desafío de ópera, á batirse, literariamente, con Laserna, de *El Imparcial*, Zeda, de *La Epoca*, y R. Blasco de *La Correspondencia*, porque estos críticos han juzgado como han tenido por conveniente, no la taquilla de la Comedia, sino el *juego*, como diría algún crítico, de los actores de la Comedia.

Yo opino que mi amigo Thuillier es un actor muy capaz de representar perfectamente — con tenedor ó con cuchara — siempre que quiera, el *Tenorio*. Pero también opino que esos señores empresarios, en esta ocasión, no han metido el tenedor... sino la pierna.

Y eso que hay críticos que merecen que los coman, no ya empresarios, sino sapos y culebras. Y es claro que no lo digo por los que dejo nombrados más arriba.

Hay uno que llama *ropa* á la compañía de Lara.

Y otro que llama á Sarah la reina del *gesto*.

Y es que, para ciertos literatos, el idioma patrio ofrece las mismas dudas que el *Tenorio*.

No saben si se come con cuchara ó con tenedor.

CLARÍN

Al lucero del alba.

¡Oh, destello de hermosura,
lucero de la mañana

que observas desde esa altura
cuán grande es mi desventura
merced á la envidia humana!

¡Oh, tú, rey de los luceros,
que al apagar tus mecheros,
por no decir tus fulgores,
oyes los trinos primeros
de los pájaros cantores!

¡Oh, tú, que á primera hora
sales huyendo *por pies*
del cielo y no te desdora
que te persiga la aurora
todos los días del mes!

¡Oh, tú, que aun cuando te vemos
á tanta altura, sabemos
que oyes todo lo que hablamos,
te enteras de lo que hacemos
y hueles lo que guisamos!...

¡Oye á este vate español
que escribe constantemente
sin ganar para una col
y sale á tomar el sol
por tomar algo caliente!

¿Por qué yo no he de ganar
si otros ganan con exceso?
¿Por qué tuve que empeñar
esta mañana hasta el queso
que compré para almorzar?

Di, ¿por qué con frenesí
elogian á cualquier vate
y en cambio dicen de mí
que es un puro disparate
todo lo que doy de sí?

Aunque coárta mi acción
tu elevada posición,
¡perdona este proceder

y dime qué debo hacer
en mi triste situación!»

Así solía exclamar
Vicente, el escritorzuelo
que vive frente á mi hogar
saliendo al balcón á dar
amargas quejas al cielo,

hasta que ayer, impaciente,
grité desde mi ventana:
—Deja, querido Vicente,
que el astro de la mañana
fulgure tranquilamente.

¡Por Cristo crucificado
cierra el balcón, que hace frío.
¿No ves que vas, desgraciado,
á coger un constipado
de padre y muy señor mío?

Vicente, acuéstate ya
y mañana Dios dirá.

¿Por qué has de cantar ahora?
¡Rompe esa lira sonora
que tanta guerra nos da!

¿Qué es lo que quieres, dinero?
Pues deja en paz al lucero
y en vez de cantarle así,
canta claro á un usurero
de esos que andan por ahí.

Aunque te saliese cara
la cuenta, mejor sería,
pues él te contestaría,
aunque sólo fuese para
pedirte una garantía.

¿Pero el lucero? Es probado
que á nadie le ha contestado.
¿Por qué? Lo ignoro, Vicente.
¡O es sordo completamente
ó está muy mal educado!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

En el Suizo, por SANCHÁ



—¿Qué helados hay?

—Mantecado, leche merengada, fresa, melocotón, crema de café y limón granizado.

—Bueno... pues tráigame una copita de aguardiente.